

ABANDONO EN LA PROVIDENCIA - HUMILDAD

(Sermón de Juan María)

Para santificarnos en la posición particular que la divina Providencia nos ha puesto, es muy importante reformar algunas ideas, que de alguna manera se han apoderado de nuestra mente, sin que ella lo sepa, que le preocupan, la perturban y que, si no tenemos cuidado, terminarían por extraviarla por completo.

Diversas circunstancias, que son demasiado conocidas para que sea necesario que las recuerde, nos han llevado a generar sucesivamente una multitud de proyectos más o menos audaces, más o menos vastos. Por eso nos hemos acostumbrado a estimar sólo las cosas grandes, a conceder muy poco valor a las pequeñas y a considerarlas, por así decirlo, como indignas de nosotros.

Los santos han comprendido bien esta verdad, y es por eso por lo que han evitado con tanto cuidado hacer ruido en este mundo, de aparecer al exterior, y han preferido siempre, en la medida que dependía de ellos, las obras oscuras a las obras brillantes: “Me encanta ser desconocido y ser considerado como nada”. Tal ha sido su divisa y han gozado de la paz y han encontrado la dicha siendo fieles a ella.

¿Quién ha hecho nunca empresas mayores que San Vicente de Paul? Y, sin embargo, ¿cuál era su deseo más vivo? Era vivir ignorado y morir al pie de un arbusto instruyendo a un pequeño niño o a un pobre. Bello ejemplo para nosotros, puesto que nos enseña a desconfiar más de lo que lo hemos hecho hasta ahora, de nuestra imaginación y de nuestros sueños y a juzgar todo a la luz de la fe y a reconocer que nada es pequeño cuando se trata de la gloria de Dios y de la salvación de las almas”.

Sin duda, como nuestro trabajo es bueno, nos está permitido desear que se fortalezca, se desarrolle y aumente; incluso debemos poner todos nuestros esfuerzos para ello, pero todo esto debemos hacerlo con calma, sin demasiada prisa, sin pretender someter la voluntad de Dios a la nuestra, y sin fijar la fecha en la que le agrada satisfacerlos, como si se tratara de un pagaré o de una letra de cambio. ¡Ah! sus caminos no son los nuestros, nos dice. Nosotros que pasamos tan rápidamente por la tierra estamos impacientes por cosechar lo que hemos sembrado, y nos angustiamos cuando tenemos que esperar hasta mañana para recoger la cosecha, porque sabemos que el mañana no nos pertenece.

Dios tiene menos prisa; nunca se apresura; y sus plazos, que a veces nos parecen tan largos, son una prueba de su poder; si temiera que le faltara el tiempo, o que no controlara los medios para conseguir sus fines, se apresuraría, como nosotros para tomar tal circunstancia, para aprovechar de tal o cual acontecimiento favorable a sus designios; pero los deja pasar hasta que llega el momento que ha señalado en sus previsiones para que se cumplan sus deseos soberanos.

Estoy de acuerdo, a veces es doloroso no saber positivamente qué esperar de un futuro que nos afecta de cerca, y el abandono total desconcierta nuestra sabiduría y nuestra prudencia. Sin embargo, es este abandono en que consiste el mérito. La sabiduría humana dice: Lo que pides no es razonable; una sabiduría superior, la fe, responde: ¡Amén, aleluya! Después de todo, ¿qué me importa el éxito? No es éxito lo que Dios me pide, es sacrificio, y él sabrá recompensarlo.

Busquemos primeramente el reino de Dios y su justicia, y lo demás nos será añadido. La regla de mis pensamientos y de mi conducta es, por tanto, querer lo que Dios quiere, cómo lo quiere, cuando lo quiere. Debo ser y seré como el siervo del Evangelio al que su señor le dice: ve, y él va; Cierro los ojos y obedezco.

Que ustedes, al oír este lenguaje, no digan como los judíos: *¡Qué dura es esta palabra!* Pero, a Dios no le gusta que la endulcen. No es mía, y tengo la dulce confianza de que quien la pone en mi boca sabrá hacerla penetrar en sus corazones. (Sermón nº 572)

